

TRABAJO DE CAMPO



La tesorería oral de Honduras: cuentos y leyendas

Versión y notas de Jesús Muñoz Tabora (Honduras)

Director General de Culturas Populares



Cuentos miskitos

Los monos maravillosos

En un pueblo lejano vivía un hombre muy pobre con su familia. Un día la mujer le dijo:

-Tenés que ir a buscar trabajo aunque sea lejos de aquí, porque si no, todos nos vamos a morir de hambre.

El hombre lo pensó un rato, convino en que la mujer tenía razón y se fue. Después de mucho caminar llegó a los terrenos de una finca abandonada y decidió que era un buen lugar para sembrar banano. Así que construyó una champa¹ y se quedó.

Pasaron los meses hasta que un día el hombre pensó que ya era tiempo de volver a su casa, donde lo esperaban su mujer y sus hijos. Cortó un racimo de bananos, se lo echó al hombro y emprendió el camino de regreso.

Cuando el hombre llegó con aquellos bananos y sin nada de dinero, la mujer se puso furiosa. Pero después, ya calmada, se quedó mirando a su esposo y le dijo que lo que tenía que hacer era ir a un lugar donde le pagaran un salario por su trabajo. "De este modo", agregó, "le podrás comprar ropa a tus hijos que andan desnudos". El hombre se marchó otra vez, pero contra los consejos de su mujer, se dirigió nuevamente a la finca abandonada. Al no más llegar se echó a dormir para librarse de los pensamientos que lo angustiaban. En lo que el

hombre dormía llegaron unos monos y empezaron a comerse los bananos de la bananera que él había sembrado. En eso estaban cuando uno de ellos vio al hombre tendido en el suelo. Llamó a sus compañeros y el más grande, viendo atentamente al durmiente, anunció:

-Este hombre es nuestro padre, pero está muerto. Iremos a preguntar a nuestro jefe qué debemos hacer.

Uno de los monos fue comisionado para que fuera a hacer la consulta y los demás se quedaron cuidando el cuerpo. Al regresar el emisario y conocer las indicaciones del jefe, levantaron al hombre del suelo para ir a darle sepultura.

-En el Cementerio de Perlas, hace poco fue sepultado un difunto -dijo el mono grande-; a este lo sepultaremos en el Cementerio de Oro.

Los monos agregaron la acción a las palabras y trasladaron el cuerpo del hombre al cementerio, lo metieron en una cripta llena de oro y antes de marcharse le dejaron comida, como era su costumbre. Al rato, el hombre se levantó y se puso a admirar todo el oro que había a su alrededor.

-¡Esto es asombroso! Realmente, hasta me podría quedar a vivir aquí pues nada me faltaría, pensó el hombre. Pero enseguida se acordó de su familia y de las necesidades por las cuales estaba pasando.

Tiempo después, el hombre y los suyos se convirtieron en una familia muy rica a la cual ya nada le faltaba.

Pero el hombre tenía un hermano que vivía intrigado por saber de dónde había sacado aquel tanta riqueza. Hasta que pudo arrancarle de los labios la extraña historia. Entonces resolvió que él también iba a obtener fortuna de la misma manera. Así que salió al camino en busca de la finca abandonada. Cuando después de mucho andar llegó a esta, se introdujo en la champa, se acostó y quedó inmóvil, fingiéndose el muerto. No había pasado mucho tiempo cuando se presentaron los monos a comerse los bananos; tampoco tardaron en descubrir al difunto mentiroso.

Uno de los monos dijo:

-Este es nuestro padre, pero está muerto.

-No -dijo otro-. No puede ser, porque nuestro padre está enterrado en el Cementerio de Oro.

-Entonces será su hermano.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó otro mono.

-Que alguien vaya a pedir consejo a nuestro jefe -dijo el mono más grande.

Como en la anterior ocasión, se comisionó a uno de los monos para que fuera a consultar con el jefe y los demás se quedaron cuidando el cuerpo.

Cuando el mensajero volvió con el consejo del jefe, uno de los monos opinó:

-Está bien, así será, ¿pero dónde lo vamos a sepultar? En el Cementerio de Perlas, ya hay un cuerpo y en el Cementerio de Oro igual.

-Pero el cuerpo del Cementerio de Perlas tiene más tiempo de estar allí. De modo que ahora podemos sepultar a este también -dijo otro mono.

Tomaron el cuerpo y se dirigieron al Cementerio de Perlas, pero cuando pasaban por el Cementerio de Oro, el hombre imprudente y codicioso, dijo.-

-¿Porque no me entierran en el Cementerio de Oro con mi hermano?

Los monos al oírlo enloquecieron y gritaron:

-Este hombre está vivo y nos ha engañado. ¡Matémoslo!

Lo hicieron pedazos y se fueron.

Su hermano, en cambio, vivió muy feliz con su familia hasta el fin de sus días.

El hombre y el conejo

Era un tiempo que había mucha escasez de comida y también había un hombre que tenía muchos problemas para sostener a su familia. Un día el hombre decidió salir a buscar el sustento en otra



parte. Se despidió de su esposa y de sus hijos y emprendió el camino. Después de mucho andar llegó a una gran laguna y se detuvo para calmar la sed, pero en el momento en que se apoyaba en una piedra sintió que lo atrapaban por una pierna.

El hombre se dio la vuelta y vio que había sido preso por una boa.

-¡Suéltame! -gritó.

Pero la boa le afirmó:

-¡Te comeré!

Al oír esto, el hombre tembló y dijo en tono de súplica:

-No podés comerme cuando he dejado a mi familia con problemas; yo he salido en busca de comida.

-No me interesan tus problemas ni los de tu familia -le respondió la boa-. Lo único que sé es que te voy a comer.

Encontrábanse en esta discusión cuando apareció un toro que iba en busca de agua.

-Hola, toro -le dijo la boa-. Fíjate que tengo a este hombre en mi poder y me pide que lo suelte. ¿Qué decís? ¿Me lo como o lo dejo ir?

-¡Vaya! -dijo el toro-. Él y los suyos se comen a los míos. ¿Qué tiene de especial para que no te lo podás comer vos?

Dicho esto, el toro se alejó, pero siguieron llegando más animales y a todos ellos la boa les hacía la misma pregunta.

La respuesta era igualmente la misma del toro y se iban. Pero faltaba todavía un animal.

La boa lo esperó durante largo rato y al fin se presentó: era el conejo. De inmediato la boa le hizo la pregunta que, según explicó, tenía como propósito resolver aquel asunto con justicia. Después de escuchar atentamente a la boa, el conejo, secándose los bigotes, habló así:

-¿Cómo es posible que con este hombre pretendrás obrar con justicia mientras a nosotros nos comes a tu antojo? Sin embargo, decime: ¿Cómo fue exactamente que lo atrapaste?

-Esta bien -contestó la boa-. Yo me encontraba aquí. Mira.

Soltando al hombre, se deslizó sobre el suelo y se metió en una cueva que había debajo de unas rocas. Entonces el conejo aprovechó para dejar caer una gran piedra que tapó la entrada.

El hombre, ya libre de su triste suerte, propuso al conejo que trabajaran juntos en un sembrado de arroz, frijoles y sandías. El conejo estuvo de acuerdo y se dirigieron en busca de un terreno adecuado y principiaron a trabajar juntos, limpiando primero la tierra, sembrando luego el grano y cuidando después la milpa de los insectos y las aves dañinas, hasta que llegó la época de cosechar. Pero el conejo se cansó muy pronto y decidió marcharse. El hombre le rogó que se quedara, pues a él solo le era difícil realizar todo aquel trabajo. No obstante, el conejo mantuvo firme decisión y se fue.

Una mañana aparecieron las sandías con agujeros y el hombre se dio cuenta de que alguien se las estaba comiendo.

Entonces construyó un espantapájaros cubierto de cera y lo instaló en medio del sembrado. La noche de ese mismo día el hombre se retiró a

dormir un poco más tranquilo. No tardó en presentarse el desconocido personaje que se comía las sandías. Se sorprendió al ver el espantapájaros pero, reflexionando, se dijo: "No es posible que sea el dueño porque yo lo vi cuando se fue a dormir. Me parece que es otro ladrón que viene por las sandías." Una vez llegando a esta conclusión, el desconocido dijo al espantapájaros:

-Quítate de mi camino pues vengo a tomar unas sandías. Si vos también querés algunas, no importa, pero déjame a mí primero.

El espantapájaros, por supuesto, no dijo nada ni se movió.

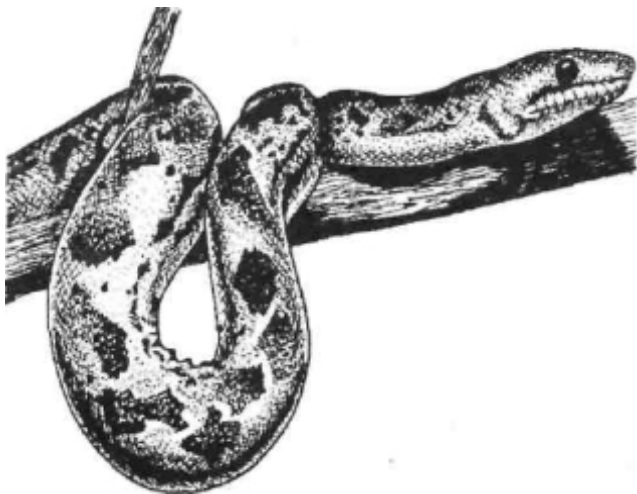
-Quítate porque me estás enojando -amenazó el desconocido-. Si no lo haces te voy a golpear.

El espantapájaros siguió mudo y tieso.

Entonces el desconocido le asestó un golpe con la derecha, la cual de inmediato quedó presa en la cera. Colérico, lo golpeó a continuación con la izquierda, la cual quedó también atascada. Todavía más furioso, le dio una y otra patada y quedó igualmente cogido en la sustancia pegajosa que cubría al muñeco. Pero en su indignación, encontró un último recurso para castigar a su enemigo: su cabeza. La utilizó y, ¡cuaz!, también esta quedó hundida en el cuerpo del espantapájaros.

Así estuvo hasta el día siguiente, cuando se presentó el dueño de la siembra. Y ¿a quién creen que encontró pegado por la cabeza y las cuatro extremidades al espantajo? ¡Pues al conejo que lo había abandonado para no trabajar!

El conejo, avergonzado, pidió disculpas y rogó al labriego que lo liberase. Este sintió pena por él y recordó que en una ocasión le había salvado la vida. Entonces le ayudó a salir de su prisión. Mas, por desgracia, el hombre enfermó y murió allí mismo. El conejo lo enterró y se fue en busca de la familia del difunto para que recogieran el fruto de su trabajo.



LOS MISQUITOS

Geográficamente, las comunidades misquitas se extienden desde Cabo Camarón hasta el Cabo de Gracias a Dios, a largo de los ríos Coco, Mocarón, Patuca y Plátano.

Población: La población misquita es de 29 000 habitantes.

Origen: El pueblo misquito surgió en el siglo xvii de una mezcla social y biológica de bawinkas, tawahkas (sumos), africanos y europeos. La población misquita es descendiente de las tribus chibchas, quienes vivieron en los bosques bajos del norte de América del Sur antes de la llegada de los europeos.

Religión: Antes de la penetración religiosa europea, especialmente morava, la cultura misquita poseía una vasta cosmogonía religiosa. Reconocía una serie de deidades, que se encarnaban en el sol, la luna y las estrellas.

Lengua: Hablan lengua misquita en su mayoría.

División del trabajo, formas de parentesco y organización social: Los misquitos actuales no tienen una organización política centralizada como grupo. No están subdivididos en tribus. La estructura tradicional es jerárquica y descentralizada. Un buen número de comunidades están encabezadas por un cacique (jefe o líder) y, en otros tiempos, también por un zukia.

Las relaciones sociales de los misquitos están bien fundamentadas en la estructura familiar. La familia es el punto de referencia y esto podría ser uno de los indicadores por lo que las sociedades misquitas son caracterizadas como individualistas y desconfiadas. Entre los misquitos existen marcadas divisiones del trabajo por sexos. Las actividades domésticas tales como hilar, tejer, fabricar ollas, son ocupaciones típicamente femeninas. La sastrería es ocupación de los hombres, algunos de los cuales aún confeccionan los vestidos para las esposas.

Cuentos garífunas

La mujer-pelícano

Esta es la historia de un rey y su único hijo. Cuando este creció se casó con la mujer-pelícano. Todas las mañanas la mujer se levantaba temprano a preparar el desayuno a su esposo, pero a ella no le gustaba cualquier tipo de comida: a ella le gustaban las sardinas, su plato preferido.

Por eso pidió a su esposo el día que se casaron le buscara un hombre para que le sirviera como trabajador doméstico.

Ella quería un sirviente para que la llevara al río en una carreta cuando saliera de pesca. Cierta vez le dijo al trabajador:

-Hoy nos toca salir de pesca. Te pido que cuando lleguemos a un lugar donde voy a cambiarme de ropa te escondas en un hicacal,² pues no debes verme desnuda.

-Está bien, señora, me esconderé -respondió el sirviente.

Cuando llegaron al lugar elegido por la mujer el muchacho fue a esconderse a los hicacales. La mujer se desnudó, se bañó, pescó, se cambió de ropa y dio la orden de regresar a la casa. Así pasaron los días.

En una ocasión la mujer se quedó pensando: "¿Será posible que este muchacho se ponga a espiarme cuando me cambio de ropa?"

-Muchacho -dijo: Yo creo que a vos te gusta verme desnuda cuando me cambio de ropa.

El sirviente le contestó, atemorizado:

-No señora, yo no la veo a usted cuando se cambia de ropa.

-Yo creo que sí, vos siempre me estás viendo -insistió la mujer-pelícano, y se puso a llorar y así llorando regresó a su casa.

Cuando el esposo la vio llegar en aquel estado la preguntó:

-¿Qué te pasa? ¿Te sentís mal?

-Es que este muchacho me quiso violar en la playa -mintió la mujer-pelícano-. Es un muchacho muy malo.

El príncipe ordenó que mataran al sirviente por el irrespeto cometido en la persona de su señora esposa y contrató a otro sirviente.

-Espero que no te comportes como el infeliz que acaban de castigar -dijo la mujer-pelícano a su nuevo sirviente-. Mi costumbre es desnudarme cuando voy a pescar, pero nadie debe verme.

-Si, señora, no se preocupe -dijo el nuevo sirviente-. Conmigo no tendrá ningún problema.

Al día siguiente la mujer-pelícano se levantó temprano, preparó el desayuno para su esposo y montó en la carreta tirada por caballos que ahora conducía el nuevo sirviente.

Al llegar a su destino la mujer-pelícano le dijo al joven:

-Escóndete en aquellos hicacales porque me voy a quitar la ropa.

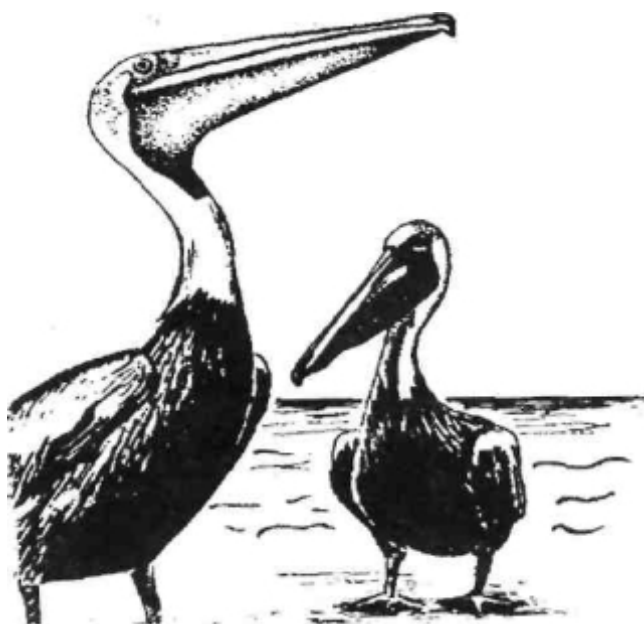
El joven sirviente obedeció y se fue a ocultar al monte.

Entonces la mujer-pelícano levantó el vuelo y cuando regresó y vio al muchacho le dijo:

-Me has estado espiando, ¿verdad? -No, patrona. Yo no la he estado espiando.

-Sí me estuviste espiando cuando yo estaba desnuda. Estoy segura de eso.

Al regresar a la casa llevaba las ropas llenas de arena, pues se había revolcado en el suelo, y cuando estuvo frente a su esposo se quejó del nuevo sirviente, acusándolo, lo mismo que al otro, de



haber intentado violarla, y lo mismo que el otro también este pagó con su vida su falso irrespeto. Entonces el príncipe decidió buscar otro muchacho para que sirviera a su esposa. Fue llamado un apuesto joven para que ocupara el cargo, pero este se negaba a aceptar porque había oído decir que los anteriores habían sido asesinados por las mentiras de la mujer. Pero, halagado por el príncipe, terminó por tomar el trabajo, y después se encontró con un hombre viejo y sabio el cual le habló así:

-Escucha, hijo, te regalo esta libreta y este lápiz para que cuando esa mujer te haga una mala pasada lo anotes aquí.

Como en las anteriores ocasiones, llegó el momento en que la mujer-pelicano y su sirviente debieron salir en la carreta hacia el río. Cuando llegaron al lugar el joven recibió la orden de ocultarse entre los hicacales.

Y entonces la mujer-pelicano cantó esta canción:

*Ven a mi lado cafecito,
ven a mí y obsérvame
que yo soy la mujer más bella que hay.
No encontrarás otra más hermosa
en este inmenso río
yo soy la mujer más bella y preciosa
pero en estos momentos me encuentro sola.
Ven a mi lado, obsérvame que soy linda,
¡ven y abrázame fuerte!*

Después la mujer-pelicano se metió en el agua y empezó a nadar sin sospechar que el joven había anotado en su libreta lo que ella había dicho y hecho, mientras reflexionaba para sí. "Yo no sabía que eras tan mala, pero a mí no podrás hacerme daño."

Al rato venía la mujer-pelicano caminando bien despacio y contenta hacia la carreta donde tenía sus ropas y en eso el joven sirviente se puso frente a ella.

-¿Verdad que me has estado espiando? -dijo al verlo.

-Sí -contestó el muchacho-. Y me he dado cuenta de por qué has mandado a matar a esa pobre gente inocente. Vos sos la mujer más mala que conozco y es lo que voy a decir al patrón.

Cuando estuvieron de regreso la mujer lo acusó con el príncipe, pero el joven no se atemorizó y habló de este modo:

-Por favor, señor, no me mande a matar, por lo que su mujer le haya dicho de mí. La verdad es que ella es mala. Le ruego que cite a todos los habitantes de la comarca como testigos y verá que estoy en lo cierto.

El príncipe convocó a todos los vecinos de la comarca. Era mediodía cuando se reunieron en la plaza de los sacrificios para ver la ejecución del joven.

En eso un hombre viejo, el mismo que había regalado la libreta y el lápiz al muchacho, se abrió paso entre la muchedumbre y dijo al soberano:

-Señor, yo vengo a testiguar en favor de este inocente. La verdad, señor, es que su mujer es una persona muy mala y por eso ha provocado los anteriores asesinatos.

Y seguidamente el viejo se puso a cantar la siguiente canción:

*Déme café, Nemo,
déme café, Nemo,
la mujer hermosa es mala,
no se dejen impresionar por ella.
Es muy mala y coqueta
y ustedes lo saben muy bien.*

La mujer-pelicano contestó al viejo así:

*Yo soy hermosa,
todo el mundo lo sabe,
por eso es que me baño
en el río grande.*

Al finalizar su canto alzó vuelo y se marchó bien lejos.

Con el paso de los días el príncipe se volvió a casar, y engendró dos hijos, un varón y una mujer. Pero la nueva esposa resultó peor que la primera. Tanto que cuando cocinaba lo hacía en unas ollas pero solamente le servía un grano de arroz a sus hijos de comida.

Además, todas las mañanas se iba para el monte, donde tenía un arrozal.

Ocurrió que una vez, su marido murió y ella quedó embarazada de su tercer hijo. Poco tiem-

po después nació una niña y la mujer dijo a sus otros hijos:

-Hijos, ustedes ya conocen las reglas de esta casa. Así como han crecido ustedes así tiene que crecer su hermanita. No intenten tocar esta olla de comida porque si lo hacen me daré cuenta en cualquier lugar donde yo esté.

Un día, estando la mujer en el monte, la recién nacida empezó a llorar de modo insoportable pues sentía mucha hambre. Entonces la hermana mediana dijo a su hermano mayor:

-Nuestra hermanita tiene mucha hambre. Será mejor que le demos un poco de arroz del que hay en la olla porque se puede morir.

La joven, pese a la prohibición, se decidió a destapar la olla, pero cuando lo estaba haciendo en aquellos mismos momentos la madre se estaba dando cuenta de lo que pasaba. Así que dejó lo que hacía y regresó rápidamente a la casa.

-¿Verdád que han destapado la olla? -gritó.

-Sí, mamá, -dijo la muchacha-, la destapamos porque nuestra hermanita se estaba muriendo de hambre. La mecimos, la chineamos, le dimos agua y nada.

La mujer les dijo:

-No lo vuelvan a hacer, porque si lo hacen los voy a arrojar en aquella tina como castigo.

Al día siguiente, como de costumbre, la mujer se fue al monte pero con tan mala suerte que la mordió una culebra venenosa y murió allí mismo. Pero entonces ya la muchacha había escapado de la casa, dejando la niña pequeña al cuidado del hermano mayor.

Cuando la hermanita menor creció se me ocurrió pasar por allí y enamorarla y casarme con ella. El hermano me pegó un pescozón y fue por esta razón que les vine a contar esta maravillosa historia.

La Araña y el Tigre

Esta historia es la historia de dos hombres, uno llamado la Araña y otro llamado el Tigre, y que eran grandes amigos.

En una ocasión la Araña preguntó al Tigre:

-Amigo Tigre, ¿cuándo es tu cumpleaños?

-Yo cumpla años el 12 de diciemb bre -contestó el Tigre-. ¿Y vos en que fecha cumplís años?

-Mi cumpleaños es el 15 de enero -dijo la Araña-. Pero podemos hacer un trato: el día de tu cum-

pleaños nos comemos a tu madre y el día del mío hacemos lo mismo con mi madre.

-Está bien, amigo Araña -convino el Tigre-. Estoy de acuerdo. Trato hecho.

Después se fueron para sus respectivas casas y no hablaron más del asunto, hasta que un día volvieron a encontrarse.

-Amigo Tigre, ¿qué pasó con nuestro trato? -preguntó la Araña.

-Sigue en pie -repuso el Tigre-. Solo estoy esperando el día de mi cumpleaños para que nos comamos a mi madre.

Llegada la fecha esperada, el Tigre dijo a su madre:

-Mamá, necesito que me arregle mi mejor mudada,³ porque hoy es mi cumpleaños.

La madre empezó a ocuparse del arreglo de la ropa de su hijo, pero este en un descuido se le echó encima y la mató. Hecho esto esperó la llegada de su amigo Araña para darle la mitad del cuerpo de su madre. Así ocurrió y cuando la Araña, pasado el festín, regresó a su casa puso al corriente a la autora de sus días del trato que había hecho con el Tigre.

Desde luego, salieron inmediatamente de aquel lugar y se fueron a vivir en la parte más alta de un árbol.

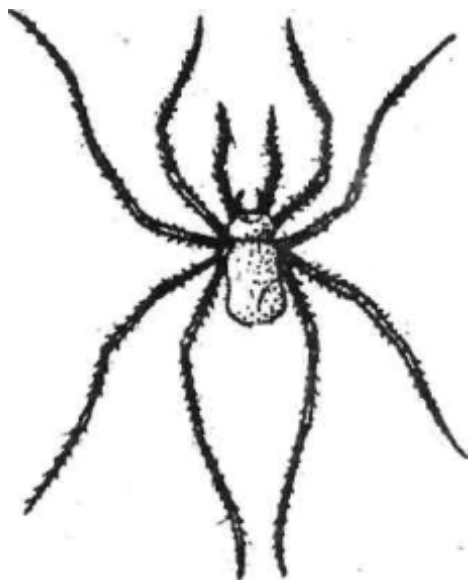
Entonces el Tigre empezó a buscar a su amigo hasta que un día lo encontró.

-Amigo mío -dijo el Tigre-, hace tiempo te ando buscando y no me gusta que trates de engañarme porque conmigo vas a perder.

-¿Yo voy a querer engañarte? No te enojés porque todo se va a solucionar. ¿Ves aquella fruta que está allá?

-Sí -repuso el Tigre-, la veo.





-Pues es una fruta muy rica -dijo la Araña. -Me gustaría probarla -dijo el Tigre.

Entonces la Araña subió al árbol que producía aquellas frutas y comenzó a tirarle zapotes maduros al Tigre, que a medida que caían se los iba comiendo.

-Caramba, Araña, ¡qué ricas son estas frutas! -exclamó el Tigre-. Busca la más grande y madura y me la tiras enseguida.

-Está bien -dijo la Araña-. Aquí hay una bastante grande y madura. Abrí la boca todo lo que podás que ahí te va.

Y ¡paf! le lanzó el zapote más grande y más verde que encontró. El zapote quedó atravesado en el galillo⁴ del Tigre y la Araña aprovechó la difícil situación de su amigo para darse a la fuga con su madre, llevándose de paso los animales que había cazado en los últimos días y que sumaban en total treinta dantas aparte de un buen número de venados y tepezcuintes.

De este modo, la Araña no necesitó salir de casa por un tiempo, aunque muy pronto la provisión empezó a escasear, porque la mamá de la Araña era una señora muy glotona. Así la Araña tuvo que bajar del árbol donde había fijado su residencia, y cuando esto ocurrió ya habían pasado como quince días desde el incidente con el zapote verde. Y fue así como el Tigre volvió a encontrar a la Araña.

-Hoy si no te perdonaré, amigo -le dijo.

-Cálmate, Tigre -respondió la Araña-, porque he encontrado la forma de que nos hagamos ricos. ¿Ves aquel río?, ¿te fijas como brilla? Es por el oro que hay en él.

-Sí -dijo el Tigre-. Ya lo vi. Tenés razón. Nos haremos millonarios.

-Bueno -propuso la Araña al Tigre- Entonces te voy a amarrar una piedra en el pescuezo y así

te vas a meter en el río a sacar ese oro que está en el fondo.

La Araña hizo como decía, ató una gran piedra en el pescuezo del Tigre y después lo arrojó al agua. Se alejó de aquel lugar y cuando llegó a su casa llevaba una provisión como de cuarenta venados.

Pero, así que pasó un mes, el Tigre y la Araña se volvieron a encontrar.

-Hoy sí que no te perdono, Araña -amenazó el Tigre-. Me has engañado muchas veces y ya no puedo soportarte más.

-Cálmate, Tigre -pidió la Araña-. Mira, aquí tengo una fruta tan deliciosa que te va a encantar.

Y le mostró unos coyoles.⁵ Le dio a probar la pulpa carnosa de uno de ellos y en efecto el Tigre quedó encantado. Deseoso de comer más el Tigre preguntó a la Araña cómo se sacaba la pulpa de los coyoles.

-Ah -dijo la Araña-, solo hay una manera de quebrarlos para obtener la pulpa, y es esta: tenés que colocar el corozo sobre tus testículos y golpearlo con una piedra. Es la única forma.

El tonto Tigre hizo lo que le decía la Araña y quebró el coyol de un solo golpe, pero también se aplastó los testículos. El Tigre lanzó un grito de dolor y la Araña aprovechó la oportunidad para escapar de nuevo. Como de costumbre la Araña volvió a su casa con una provisión que le permitiera estar sin salir por lo menos durante un mes.

La Araña creyó que en esta ocasión el Tigre había muerto pero no fue así y un día se volvieron a encontrar.

-Ya que no te puedo comer a vos me voy a comer a tu madre -le dijo el Tigre a la Araña y se marchó.

Sucede que por costumbre cuando la Araña salía a cazar y regresaba a su casa, cantaba al pie del árbol esta canción:

*Madre, madre, madre, ya llegué
con la comida, por favor baja la
canasta que aquí le traigo algo
para el día de hoy.*

Entonces la madre de la Araña bajaba la canasta por medio de unos cordeles y aquel subía en ella con todas sus presas. Y sucedió que un día la madre oyó la canción:

*Madre, madre, madre, Ya llegué
con la comida,
por favor baje la canasta...*

La madre entonces le pidió a su hija menor que bajara la canasta ya que su hermano había llegado

con la provisión, pero la hermana menor de la Araña habló así:

-No, mamá, esa voz no es la voz de mi hermano, le aseguro que no es él.

En eso apareció el pájaro mensajero y viendo al Tigre que cantaba al pie del árbol le preguntó qué andaba buscando en aquel lugar. El Tigre respondió que venía a visitar a la Araña madre de su amigo.

-Estaría bien que vinieras a visitarla -dijo el pájaro mensajero-, pero venís por otra cosa.

Y el pájaro mensajero se apresuró a imitar y cantar la canción para poner sobre aviso a la madre de la Araña y su hermana menor.

A todo esto, la Araña se acercaba con su provisión de venados, cusucos y quequéos; al oír la canción se detuvo y se preguntó qué estaría ocurriendo en su casa. Abandonó sus presas y corrió encontrando al Tigre ya instalado en la canasta. Cuando lo vio cantó de este modo:

*Madre, madre, madre,
Por favor no suba la canasta,
Ese no soy yo, no la suba,
Es el Tigre furioso
que quiere comérsela.*

La madre bajó la canasta y la Araña aprovechó el desconcierto del Tigre para amarrarlo y dijo a su madre:

-Mamá, ahora ya puede subir la canasta.

La madre subió la canasta y cuando estaba en una altura como de cinco metros y medio la soltó. Al caer al suelo, el Tigre se golpeó contra una roca y murió.

Cuando la Araña se estaba cambiando de la casa con su familia yo me le acerqué, y le pregunté que por qué le había hecho aquello al Tigre y entonces me pegó un pescozón y por esta razón vine a contar este cuento.



LOS GARÍFUNAS

Ubicación: La población garífuna habita en la costa Atlántica, entre Belice y Nicaragua. En Honduras se concentran a lo largo de la costa norte del país, desde Masca, departamento de Cortés, hasta Plaplaya, departamento, de Gracias a Dios.

Población: En Honduras existen aproximadamente unos 98 000 garífunas.

Origen: De acuerdo a fuentes históricas, en 1655 naufragaron frente a las costas de San Vicente dos buques españoles que transportaban esclavos desde África. Los africanos náufragos se refugiaron en el terreno montañoso de la isla. Los recién llegados africanos convivieron con los caribes insulares a cuya sociedad se integraron parcialmente participando en las incursiones guerreras de aquellos. En 1763 los ingleses empezaron a llegar a San Vicente en mayores cantidades y durante años emplearon artimañas para lograr que los garífunas cedieran sus tierras fértiles para sembrarlas con caña de azúcar. Ya en abril de 1797 los garífunas fueron expulsados de San Vicente y conducidos en un convoy naval británico hacia las islas de Roatán y, posteriormente, al puerto de Trujillo, donde arribaron el día doce de abril.

Religión: En su mayoría practican el catolicismo, su religión; sin embargo, nunca se han limitado a las enseñanzas católicas. Las costumbres religiosas afro-indianas tradicionales se mantienen vivas en casi todos los poblados garífunas. Su sistema filosófico-religioso es el llamado dugu y se compara en algunos aspectos con el vudú de los haitianos.

La lengua: Tienen un lenguaje de origen amerindio con cierta influencia francesa, española e inglesa; además del español, el garífuna habla su lengua y mantiene las costumbres y tradiciones que manifiestan su mezcla afro-indígena. La lengua misma -según algunos investigadores- es una mezcla de otras lenguas, entre ellas arawak, francés, yoruba, swahili y bantú.

División del trabajo, formas de parentesco y organización social: La estructura familiar es de carácter matrifocal, es decir, centrada en la figura materna. La residencia de los garífunas es neolocal, pero son comunes los casos de matrilocalidad. La patrilocalidad está excluida, porque la mujer debe tener su casa y no vivir en la de su marido. Existe además una marcada dispersión geográfica del grupo parental y de los núcleos familiares. A pesar de esto, no es raro que las mujeres se queden junto a las madres de sus maridos constituyendo núcleos de grupos matrifocales extendidos.

Leyendas

El gallo de oro y el encanto de la mina de San Marcos

Es que en esa mina hay encanto por el oro que tiene adentro. Ahí es donde se oye los cantidos de un gallo a medianoche. Unos lo han visto y cuentan que es de puritito oro. Eso es lo que cuentan por aquí.

El gallo de oro solo sale a cantar, pero casi nadie lo ha visto, solo lo oye la gente. Salen pescados bri-

llantes también que son de puro oro porque relumbran. Y se lo digo porque yo los he visto y allí en ese mineral. Pescados de todo tipo y camarones que así son bien grandes. Aquí mero en la boca mina salen nadando pero no hacen nada, solo que tienen su tiempo para salir como en Semana Santa. Lo mismo que el gallo de oro que solo sale los jueves y viernes santos.

También dicen que salen espíritus en las minas. Sabe si serán espíritus pero dicen que oyen ruidos de herramientas como si estuvieran personas adentro trabajándola. Eso es lo raro que los ruidos se oyen dentro como si alguna gente estuviera sacando mineral de ahí. Y no pueden ser personas de veras porque las minas quedaron aterradas por la inundación.

Por eso fue que los gringos esos que estaban antes trabajándolas, las dejaron de trabajar. Nadie puede meterse a las minas. A la gente le da miedo. Lo más seguro es que estos ruidos que se oyen son las almas en pena de los trabajadores que se murieron ahogados en la mina y quedaron aterrados ahí.

El cerro colorado

Una vez me fui a pescar con un señor que se llamaba Leónidas Vásquez de ahí de Apacinigua. Hay un pase que viene del sestero del Rincón, caminando para ese cerro que le mientan el Cerro Colorado, 'onde hay una cueva grande donde pasa derramando piedrero, que segundo a segundo está cayendo aquel tierrero de arriba.

Ese cerro tiene ese misterio de las piedras de tierra agra que caen por ai. Que yo hasta le traje de esas piedras a una doña, a la mamá de Vilma, que tenía aquella enfermedad, la lepra, porque como es tierra salada, 'tonjes es buena para esas lepras.

Ahí voy de pesca siempre porque a mí me ha encantado la cacería de camarones, a unas pozas que están en esa cueva.

Pues'ai nos fuimos con ese Leónidas esa vez. Esperamos que se hiciera bastante noche, ya cuando eran como las nueve, dijimos a pescar. Yo oí unos gritos y veía señas que había andado gente canechando porque cuando nosotros alumbrábamos las piedras ya estaban mojadas y ya días no llovía. Y la rareza es que estaba el pozo con un montón de camarones y va de matar los camarones nosotros. Pues cuando llegamos a una poza que se llama la Motoquita ya traíamos las alforjas llenitas de camarones. Y le digo a Leónidas: "Hombre, hasta aquí nomás llegamos. Vámonos ya pa'la casa".

Traíamos un foco con baterías nuevas y un poco de ocote. Entonces, lo raro de que los focos no quisieron dar luz y cuando acordamos estábamos en medio de cuatro cerros, que no hallábamos por 'onde salir. Y le digo a Leónidas "vámonos por

aquí". Agarramos por un cerro derecho arriba y solo el ocote nos dio función. El asunto del foco no dio luz. Y va de caminar cuando al ratito estábamos en el mismo punto otra vez. Le digo a Leónidas yo: "Hombre, ¿y aquí no acabamos de pasar ahorita por esta poza?" Es una poza que es mala que varios se han perdido ai. Nos volvimos a dejar ir para arriba y llegamos a un cimientito de piedra. Salimos por un camino por allá atrás del cerro, pero cuando decimos a ver pa'atrás un gran zarzero que no nos dejaba pasar. Lo raro es donde nosotros íbamos para adelante había un camino limpio, pero cuando decimos a voltiar a ver para atrás; era un gran montañal y no podíamos salir de aquel bejucal.

Pero como andábamos curados porque en realidad lo que nos salvó era unas cabezas de ajo que andaba yo, porque como algunos dicen que el ajo, no es que es cosa divina pero sí ahuyenta al malo. El ajo es contra las cosas malas. Yo no sé si será por el olor que echa pero eso sí, de nada le servirá andar pares de cabezas de ajo, solo nones tiene que andar, ya sea tres, cinco o siete cabezas de ajo para que lo proteja, pares no. Pues eso es lo que nos salvó porque yo andaba ajo y cuando vide que no dábamos fin al camino y que no echaban luces los focos, entonces vine yo, machaqué ajo y se lo unté a los focos y con eso salimos bien. Ya cuando salimos aquí arriba ya los focos estaban buenos. Quiere decir que era algún fantasma que nos quería fregar. A todo esto se dieron las doce de la noche cuando salimos a los Caraos y se oía una latizón de perros y aquella gran aullansina, pero a yo no me dio miedo como veníamos los dos.

Ya llegamos a un cruce por ai donde aquel agarraba para Apacinigua y yo agarraba para donde yo vivía. Entonces le digo a Leónidas: "¿Pa'onde te vas a ir? Te vas ir para mi casa o te vas a ir para Apacinigua?" "Yo me voy para allá", me dice "a mi casa". Entonces repartámonos los canechos; lo raro es que no encontrábamos ni señas que haygamos echado ni un camarón a la bolsa. Se desaparecieron y no fue que se nos cayeron porque ni siquiera venía mojada la bolsa, pero ni eso.

Entonces quiere decir que lo que nos estaba saliendo allá, fue el puro malo. Y d'esa vez conmigo, dijo Leónidas que no volvía a salir. Es la única vez que me hayga salido algo así. Yo es la única vez, porque soy tirador y yo camino a deshoras de la noche ai por toda la extremidad paso tirando y nunca me ha salido a mí el malo. Más que esa vez.

San Antonio

Había un campesino que quería hacerse rico. Todos los días iba a una montaña a traer un viaje de leña. Lo vendía y compraba una candela para

prendérsela a San Antonio para que le hiciera el milagro. Ya el Santo al ver tanto la necesidad del hombre fue donde Dios y le dijo: "Dame una oportunidad, Señor, de ayudarlo." "No, Toño", le contestó Dios, "yo sé porque lo tengo así". Pero el va de quererle ayudar al campesino. Hasta que al fin lo convenció y le dijo Dios: "Vaya, pues, ándate ahorita que está en la montaña el hombre haciendo el viaje de leña. Cerquita de donde él está un árbol verde y ahí hay un entierro."

Allá se fue San Antonio, llegó transformado en hombre y le dijo al campesino: "Ajá, ¿que tal?, ¿qué estás haciendo?" "Ah, bien", le contestó el leñador, "aquí cortando este viaje de leña para comprarle una candela a San Antonio a ver si un día nos socorre".

"Mejor anda búscate una pala y una barra para que saquemos un entierro que está ahí." "No fregués. Si vos sabes, ¿por qué no lo sacas vos solo?", le contestó el campesino. "Anda búscatela que te conviene", le dijo el santo.

Entonces se fue a conseguirla y ya cerquita estaba el poco de dinero. Rápido sacaron entre los dos y el leñador le dijo: "Repartámoslo, pues." "No, hombre, llévatelo todo vos. Lo que quiero yo es que me digas qué vas a hacer con ese dinero", dijo el santo. "Je, al solo llegar a mi casa voy a comprar ocho rollos de alambre para cercar todo alrededor. Voy a comprar una escopeta. El que me toque un poste, ¡pum!, lo tiró." Le contestó. "Putá, pensó San Antonio, sos malo vos, papa." Pero siempre queriendo probar al hombre le siguió preguntando: "Ajá, ¿y qué vas a hacer con el santo?, ¿cómo que ese no ta ha hecho milagros?" El campesino con maldad dijo: "Al solo llegar a la casa lo zampó al fuego."

Bueno, ya cuando iban bastante adelante: "Vaya pues, que te vaya bien", le dijo San Antonio al hombre y al nomás se despartió un poquito del, Dios le mandó un rayo al campesino y ¡rum! le quito el dinero que había sacado. Allá se levantó tonto el pobre hombre. "Putá, dijo, "a saber si a aquel jodido si no lo mató el rayo. Y me quitó el pisto este rayo. Ni modo." No le quedó otra que seguir jalando leña para rezarle a San Antonio esperanzado que algún día le diera fortuna.

La Virgen del Rosario y el lagarto de oro

Dicen que en tiempos de los españoles la mina de Clavo Rico en el Corpus fue riquísima en oro. El pueblo empezó cuando venían los campistas de Yusguare a arrear el ganado y les apareció la Virgen del Rosario en una piedra grande, donde ahora es el mero centro del pueblo.

Entonces los campistas se la llevaron para Yusguare, pero al llegar la noche se les venía la

Virgen otra vez y se les ponía en el mismo punto donde la encontraron. Al día siguiente venían ellos a arrear el ganado y miraban a la Virgen y se la volvían a llevar a la iglesia de Yusguare. Tuvieron que llevarse a la virgen tres veces hasta que se les ocurrió hacerle una enramada ahí donde la hallaban.

Después, ahí mero se hizo la iglesia del Corpus. El descubrimiento de la Virgen fue un jueves de Corpus Cristi, entonces por eso le pusieron el Corpus al pueblo. Los inditos del Corpus ahí en unas rancheritas que tenían, hallaban el oro así en pepitas con forma de tamarindos, los pedazos de oro por sobre de la tierra. Entonces venían los inditos, derretían el oro y hacían platillos, posillos de puro oro. Los campistas de tanto venir a llevar y a traer la dichosa Virgen como que vieron el oro que tenían los indios y se fue regando la gran bulla de que ahí había oro en cantidad.

Entonces se dejaron venir los españoles con espejitos, con peines, con cositas menudas, engañaban a los pobres indios. Los engañaban quitándoles los posillitos por marranadas. Aquellos hombres se bañaban en oro lavando a diario las arenitas. Los españoles le prometieron a la Virgen del Rosario hacerle el templo. Cuando estaban en la hechura de la iglesia, descubrieron que abajo de la tierra había gran mineral. Ya venían con el taladro para abrir una mina ahí abajo, cuando el cura les reclamó que no podían hacer eso, que ese lugar estaba destinado a la Virgen porque ella solo ahí quería estar. Pero los españoles no hicieron caso y se pusieron a abrir la tierra; ya cuando iban bien adentro aquí donde está el altar mayor, hasta ahí llegaron una gran laguna. Pues en esa laguna hallaron un lagarto, un animalón dormido que estaba echado dentro del agua y solo brillaba todo aquello. Cuando vieron aquel lagarto, dijeron queriéndolo agarrar y le pegaron un gran barretazo que cayó el animal, pero solo le trozaron una garra.

En lo que el lagartón se meneó toda la mina se les vino encima. Hasta llegó de que se aterraron toditos. Entonces ya la gente de aquí, los corpeños, todos dijeron de que las minas no se hicieran debajo de la iglesia.

Dicen que el lagarto de oro todavía existe al pie del altar mayor. Es que es la riqueza que tiene la Virgen, que no la deja salir. Aquí por todas partes le han puesto taladras más arriba de la iglesia en todo el alrededor. Pero ahí donde está el lagarto no se toca porque se hunde.

NOTAS

¹Vivienda de paja y madera liviana, normalmente temporal.

²Sitio donde hay sembrados hicacos.

³Traje.

⁴Gargata.

⁵Frutas pequeñas y duras de la palmera.